

# TATUAJE

POR CASTILLO NAVARRO

Robó, y desde entonces se le pintaron las manos como si se las hubiera grabado adrede para manifestar el oficio que tenía o le gustaba.

La gente dió en llamarle por su nombre.

Le decían:

—¡Ladrón!

El, dudaba interrogando:

—¿Ladrón yo?

—Sí; ladrón.

Y le cogían las manos para que tuviera que vérselas sin negarlo.

El cruzaba los brazos, se retraía; las llevaba a los sobacos para mejor ocultarlas.

Pedía:

—Demostrádmelo.

Ellos contestaban:

—Nos quitaste la muestra.

Y añadían:

—Hasta en eso.

Esto le avergonzaba.

Le humillaba.

Le llenaba de tedio y de desesperanza.

No el coger, apropiarse o sustraer lo ajeno, sino la palabra. Oírse llamar lo que otros: con igual desprecio, con idéntica burla y vilipendio, con parecido asco. Y todo, por tener la pinta en las manos; por llevar el signo del chavo y de la perra; por poseer el verdinegro del cobre entre las uñas forzándole a agarrar lo que no era suyo...

Tenía que alargar el brazo y coger como la boca el aire; por urgencia, por naturaleza, por instinto. Sin calcular el empleo o el beneficio que pudiera reportarle, sino el placer, el gusto, la embriagadora facilidad de la costumbre y la rutina.

Pero le dijeron la palabra, y decidió abstenerse, borrar el trazo, devolver el cobre y ahogar el loco instinto que le obligaba: terminar.

Preguntaba:

—¿Ni aún devolviéndolo?

—Ni aún con eso.

El creyó que le decían un embuste, que le negaban la verdad, que le engañaban por hacerle desistir, vengarse o desquitarse de lo que quitó o hizo suyo sin serlo.

Pero continuó.

Continuó frotando, lavando, arrancando la piel y los pedazos. A veces, devolviendo más cosas de las que tenía cogidas para sentir más dentro el arrepentimiento y la enmienda. A veces, cerrando los ojos para engañarse y alcanzar más pronto su propósito. A veces, robando nuevamente para detener el impulso, comprenderlo y poner remedio.

Pero la mancha, quieta, inamovible,

fija, persistente sobre las palmas. Según y como, más grande, más llena, más hecha a la esencia y forma que definía: más hambrienta.

Exclamó:

—Nada me queda.

—Mientes.

Le dijeron:

—Aún tienes.

—¿El qué tengo?

Y ellos contestaron:

Contestaron, que el beneficio del tiempo; la paz y la confianza propia; la alegría pasada del tener, teniendo que haber estado falto y hurtó por tocar su sino, situarse, y ganar a la vida, que le tenía de espaldas, sin predisposición favorable y a la contra.

El admitió:

—Terriblemente empeñada en agobiarme los instantes.

Terminaron:

—Más que eso, la facilidad.

Se extrañó.

Exprimió la luz por comprenderlo.

Dijo:

—¿La facilidad, de qué?

—De vivir sin tu costa. De ser en lo de otros De reemplazarlos en sus cosas y circunstancias.

Dijo:

—¿En lo de otros, robando?

Y comprendió.

Comprendió con odio, con rabia, con malevolencia y encono. Pero no hacia sí, sino hacia los otros, que lo señalaban culpable sin acordarse de la misericordia, y el que esto hace también roba y quita.

—Me estáis robando.

Dijo:

—Me estáis despojando.

—¿De qué?

Inquirieron:

—¿Dónde la mancha?

El permaneció erecto, vertical, como lanza o caña sin cascar por el viento.

Dijo:

—De la verdad de mi arrepentimiento.

Y en vez de esconder las manos en los sobacos, las recortó al aire para mostrarlas con la señal del chavo, el trazo de la perra y el verde negro del cobre que mancha y emborriona.

Ninguno miró.

Ninguno adelantó el ojo, el pie o el cuerpo para vérselas. Torcieron los rostros y simulaban ignorar porque él ignoraba lo que era cierto y en su contra.

El entonces, vociferó el secreto que había descubierto.

Dijo:

—Mejor ladrón de objetos.

Y se sintió a gusto con su mancha.

# Didó y sus Títeres

El pequeño teatro de "Didó" está formando escuela. En España podemos afirmar que él es el único creador de un tipo de comedietas ingeniosamente adaptadas al público infantil, y cuyo final siempre resulta moralizador. Los pequeños observan en ellas, retratadas en la figura del Guiñol, sus propias travesuras y defectos, que poco a poco van desapareciendo merced a su alma buena, plena de nobles sentimientos.

Los principales periódicos y revistas españoles y del extranjero han publicado amplias informaciones y reportajes del arte de "Didó", que desemboca en una gran misión educativa. Recientemente Mr. Daniel S. Keller, catedrático de la Universidad de California se interesó vivamente por el teatro que practica nuestro artista, en el texto de un amplio estudio sobre los títeres hispanoamericanos. Asimismo, en una de las más famosas revistas de México, apareció una documentada crónica de su modo de hacer teatro, y en similar forma la conocida revista "Destino", por medio de su gran colaborador Sebastián Gasch ha hecho patente, en diversidad de ocasiones, la gran labor que "Didó" viene llevando a cabo en nuestra Patria.

La fama del eximio artista catalán ha traspasado de tal modo las fronteras que, desde la ciudad de Liege (Bélgica) ha sido solicitada su colaboración para el Gran Festival Mundial de Marionetas a celebrar durante el mes de agosto del próximo año.

"Didó" piensa acudir a tan interesante manifestación. Tan sólo le preocupan los trámites precisos, para poder pasar la instalación de su teatro por las fronteras. Sin embargo, es de esperar que no haya de faltarle el apoyo oficial, dado que habrá de llevar a Bélgica una auténtica embajada artística, fiel reflejo de los títeres españoles.

Una vez en Bélgica, piensa representar sus obras en versión original catalana, en español y en francés, y llevar a cabo, al propio tiempo, una pequeña "tourné" por diversas capitales.

Incansable, a sus setenta y ocho años, "Didó" trata afanosamente de adaptar para sus muñecos nuevas e interesantes comedias. No requiere en las representaciones de ayudante alguno, y las distintas voces, así como los movimientos de los títeres, los hace solo. Únicamente, en comedias de elevado número de personajes, se sirve de la valiosa colaboración de su esposa.

FIDEMAR